



“El contacto físico con el perro les relaja muchísimo”, explica Montse Pérez (técnico de asistencia con animales), mientras María Luisa (92 años) abraza a Lluña.

FOTOS: IVÁN BENÍTEZ

IVÁN BENÍTEZ  
Pamplona

El capellán de la Casa de Misericordia se levantó de la cama el 15 de marzo algo mareado, más cansado de lo habitual. Juan José Catalán había perdido el gusto y el olfato. O eso le parecía. Para comprobarlo, abrió el tarro de la colonia de su madre, fallecida recientemente, y se perfumó. Pero seguía sin oler a ella. ¿Habría caducado?, pensó. No le dio mayor importancia. Cansado y mareado, acudió como cada mañana a la iglesia de la residencia para celebrar misa. Eran las diez y media. Entró al despacho y se quedó observando las fotos de su madre, dispuestas sobre el escritorio. Luego visitó al médico en la misma “casa”. Le recetó paracetamol, tres pastillas al día. Y sin saber que tenía coronavirus, subió al púlpito y se dirigió a los residentes. Les pidió que volvieran a sus habitaciones porque no iban a tener misa en un tiempo. “Hay un problema en la casa que se os explicará...”, trató de tranquilizarles. Junto al sacerdote, arropándole, también estaban el director de la Meca, Jesús Cía, y Mariano Pascal, coordinador de actividades. Así empezó todo en la Meca, aunque el virus ya llevaba tiempo circulando entre los pasillos de esta pequeña “ciudad” de 500 habitantes (censo antes de la pandemia) en la que han fallecido por coronavirus 68 personas (con síntomas o positivos) y un centenar de profesionales se ha infectado.

Ocho meses después de aquel 15 de marzo en la Casa de Misericordia, las dos puertas principales se encuentran bloqueadas por vallas de plástico. A las diez de la mañana huele a hierba recién cortada. Una mujer conversa con su tía a través de los barrotes de hierro de una puerta metálica, también cerrada a cal y canto. La viva imagen de una visita carcelaria. “Hablo con mi sobrina”, susurra Aurora, una de

El Gobierno de Navarra ha prohibido las salidas y las visitas en las residencias. Esta medida ha devuelto a la oscuridad a nuestros mayores, que describen la situación de “locura”. Aunque cada día realizan actividades, se sienten encerrados. Así es un día en la Casa de Misericordia.

## “Tenemos mucho miedo a seguir encerrados”

las muchas supervivientes de la covid dentro de la residencia. Entre lágrimas, cuenta que ha perdido aquí dentro a Manoli, una gran amiga, y que no lo consigue superar. A este duelo se suma la prohibición de poder salir de las residencias y de recibir visitas. “Si al menos nos dejasen hacer algún recado... Si seguimos encerrados nos vamos a volver locos”, avisa Aurora.

En el patio de entrada no se ve a nadie más pasear. En el cenicero de acceso al edificio se contabilizan ocho colillas. Una puerta de cristal se abre automáticamente. Los pies se quedan pegados a un plástico azul rociado con desinfectante. En el vestíbulo de la zona nueva se localiza el despacho de Mariano Pascal. En este espacio, el más luminoso, han colgado una exposición de fotografías del encierro organizada por la Asociación de Periodistas. En un rincón también se exhibe, imponente,

Agujeta, el miura cárdeno que decoraba los toriles del ruedo. Este miércoles, según el informe sanitario que publica diariamente la Meca en su web, nueve residentes permanecen “ingresados” y “aislados” por covid en enfermería.

### Alternativa al aislamiento

Hace unos días, el 16 de octubre, en una asamblea ordinaria de la Asociación Lares Navarra, organización que reúne a las residencias sin ánimo de lucro, la Casa de Misericordia se postuló a favor de solicitar al Gobierno de Navarra que las medidas de protección de la covid a las personas que viven en centros de mayores no se basen en el cierre frontal de visitas o salidas de las residencias. El centro “apuesta” por buscar alternativas al aislamiento afectivo y al confinamiento en los recintos de las residencias, “que afectan de manera notoria al desarrollo psicoafectivo

y psicomotor de las personas residentes”.

Al recordar cómo era la Meca antes de la pandemia, Pascal sonríe, con tristeza e impotencia. “¿Cómo era?”. Se hace un silencio. “Éramos un recinto abierto a la calle, a las familias, a los 80 voluntarios que acompañaban a los residentes... Todo era vida, dentro y fuera”. Sin embargo, a partir del 19 de marzo todo cambió. Se diagnosticó el primer positivo, pero el virus ya estaba circulando. “Y eso supuso la decisión de confinar a todos en sus habitaciones. La pelea con el virus fue dura porque no había análisis para detectarlo”. La residencia sufrió una radical transformación para poder aislar a las personas contagiadas.

A mediados de abril comenzaron a salir de las habitaciones y a dar paseos terapéuticos. Pero el confinamiento les había afectado a todos: depresión, pérdida cognitiva, de peso, de esperanza... “Por eso, la vivencia de estar encerrados en sus habitaciones es lo que más miedo les causa ahora, más miedo que la propia enfermedad”, subraya Pascal. Una realidad que certificarán después los propios residentes.

En mayo recibieron las primeras visitas, incluso podían salir a la calle. “Empezaron a sentirse libres y dejaron de ser prisioneros”. Al menos hasta finales de agosto, cuando desde el centro establecieron sus propias limitaciones al ver que los contagios aumentaban.

A partir del 2 de octubre, el Gobierno de Navarra prohibió las visitas y las salidas en todas las residencias de Pamplona y Comarca. Y días más tarde en las de toda Navarra. El miedo volvió a los corazones de nuestros mayores. “Y aquí comienza un nuevo estadio”, continúa detallando el coordinador de eventos. “Estamos todos reclusos pero afortunadamente no en las habitaciones”. Entonces, se replantean qué hacer para hacer frente al aburrimiento. “Todo esto ha hecho mella en el carácter

abierto que teníamos. La gente entraba y salía y las familias formaban parte de este hogar y hacían Meca también”. Otra de las enseñanzas de identidad que se ha perdido es la cafetería, un espacio donde se podían concentrar cada día más de cien personas. “Era como en un colegio mayor”, sonríe. “Nuestros mayores echan mucho de menos su vida social. Se les ha eliminado de un plumazo. Espero que la recuperen pronto, porque ellos no ven la vida como la gente de fuera. No tienen una visión a largo plazo”.

Hoy miércoles ha salido el sol, hay zonas verdes alrededor del edificio y se puede salir a pasear, pero se siguen sintiendo encerrados. “Normalmente leen periódicos y escuchan la radio, así que conocen bien lo que sucede en el exterior. Pero su particular calvario comienza a las diez, porque a esta hora están acostumbrados a salir a la calle, hacer sus recados, visitas... Aunque hay actividades dentro de la residencia, se dedican especialmente al paseo”, aclara. “Ahora lo que nos reclaman las familias a la residencia es que hagamos más por visibilizar. Que está bien que les protejamos por salud, pero busquemos un equilibrio con lo afectivo. Hay muchas personas residentes que pueden iniciar un deterioro cognitivo por todo esto. Las familias están muy angustiadas por no poder vivir estos momentos”. A corto plazo, Pascal admite sentirse pesimista: “Va a ser durísimo. Anochece antes y viene una Navidad sin contacto, sin afecto. Aquí el programa navideño comenzaba en el puente foral y terminaba en enero. Y ellos preguntándose por qué nosotros seguimos aislados”.

El miércoles *Diario de Navarra* entró en el corazón de la Casa de Misericordia y vivió un día dentro de la residencia. Aunque las imágenes tratan de transmitir vitalidad, solo muestran un mar de fondo lleno de emociones.

PASA A PÁGINA SIGUIENTE ➔